

Presbítero Doctor José Vitaliano Molina

por

ALFREDO DÍAZ DE MOLINA

Apóstol de la Iglesia ha sido llamado este misionero de la vida cristiana, que propagó la fecunda semilla del Evangelio, con su austeridad ejemplar y sus obras pías. Nacido en La Rioja, el año 1812, su niñez conoció la orfandad y la pobreza, con que habría de cimentar la bondad de su corazón y su profunda unción religiosa.

Su padre, Don Juan Ubaldo de Molina, dejó viuda muy joven a su madre, Da. Josefa de Arellano y Brizuela, pues falleció a los pocos días de morir su abuelo, el Alcalde de La Rioja, Don Andrés de Molina y Cabrera (hijo de Don José de Molina, que procedía de la familia Molina Navarrete, signataria de la fundación de Córdoba y de Da. Juana Cabrera y Nieto Príncipe), casado con Da. Francisca Justa de Castro Barros, hermana mayor del famoso sacerdote y congresal de Tucumán.

El doctor Castro Barros tomó bajo su protección a José Vitaliano y a sus dos hermanos varones, Manuel Modesto y Ramón, sus sobrinos nietos, llevándolos a Córdoba, en cuyo escenario tendría tan brillante actuación patricia. De esta manera recibieron, desde niños, la educación y los nobles y abnegados ejemplos del ilustre tío abuelo.

Pronto, José Vitaliano Molina seguiría la senda de Castro Barros. En la célebre Universidad de San Carlos inició sus estudios superiores, graduándose de doctor en Sagrada Teología, el año 1838. Corta habría de ser la permanencia en Córdoba del Presbítero Molina. El país sufría las consecuencias de la anarquía unitaria, con la dictadura de Rosas, y se aproximaban los fatídicos días del año 40.

El 10 de octubre de ese año, estalló en Córdoba la revolu-

ción destinada a derrocar del gobierno al Brigadier Manuel López que, durante largos años, había gobernado a Córdoba, bajo las directivas de Juan Manuel de Rosas. El movimiento estaba inspirado por expectables ciudadanos cordobeses, como los doctores Mariano Fragueiro, Ramón Ferreyra, Manuel Lucero, Mateo Luque, Félix M. Olmedo, Cayetano Lozano, y participaban en él los presbíteros doctores José Saturnino de Allende y José Vitaliano Molina.

Dominada la revolución, José Vitaliano Molina consiguió emigrar a Montevideo, con su inseparable amigo, el Pbro. Dr. Allende. En el Uruguay se encontraba ya emigrado el doctor Castro Barros y, todos estos ilustres representantes del clero argentino, se reunían en la casa de la dama cordobesa Da. Marcelina Allende y de la Quintana, sobrina del Pbro. Allende y esposa del caballero uruguayo Don Martín García de Zúñiga y Warnes. El Pbro. Molina se encontraba también vinculado a esta noble familia uruguaya, pues su hermano, Don Ramón Molina, casó con Da. Javiera García de Zúñiga y Allende, hija del citado matrimonio.

En esa oportunidad, en la casa de García de Zúñiga, accedió a ser retratado, por única vez, el prócer Castro Barros. La copia del original fué llevada a Chile por el Pbro. Molina, existiendo actualmente, original y copia, en poder de miembros de la familia Molina, en Córdoba.

Desgraciadamente, las figuras esclarecidas de estos sacerdotes argentinos, no les permitían pasar desapercibidos ante las pasiones políticas, y el Pbro. Molina, con su tío Castro Barros y el Pbro. Allende, se vieron obligados a emigrar a Chile. Así las distancias llevarían la paz cristiana a sus espíritus.

Diez y ocho años vivió el Pbro. Molina en Chile. El año 1858, con motivo del Año Santo, acordado en favor del orbe católico, por el gran Pontífice Pío IX, hizo un viaje a Córdoba y el historiador Monseñor Pablo Cabrera, en un notable escrito, publicado en el diario "Los Principios", el 21 de septiembre de 1933, comentó la trascendencia de ese año para el catolicismo argentino, con motivo de la fundación de la asociación "Hermandad Católica", y recuerda al Pbro. Molina con las siguientes expresiones: "Sin duda, influyó, en no escaso grado, para la erección de esta ínclita obra, la estada en Córdoba, durante aquel año, del eminente hijo de La Rioja, Doctor Don José Vitaliano Molina, según ya lo he recordado y, simultáneamente, la del doctor Don José Ignacio Víctor Eizaguirre, de

paso éste para la Ciudad Eterna, donde, en aquel propio año, echara los cimientos del Colegio Pío Latino Americano”.

La incorporación del Pbro. Molina con su tío Castro Barros a la diócesis del Mapocho, hizo que sus preclaras figuras llevaran a cabo una misión apostólica de relieves internacionales, estableciendo una sólida concordancia espiritual, a través de la cordillera, entre el clero de Córdoba y el de Santiago de Chile, estimulada por el intercambio periodístico entre “La Revista Católica” chilena y “La Bandera Católica” cordobesa.

Espíritu de profunda caridad cristiana, misionero de sus ideales católicos, el Pbro. Molina se interesó vivamente en los progresos de la Sociedad de San Vicente de Paul. En Chile se destacó como escritor de valía y brillante orador sagrado, siendo catedrático de la famosa Universidad de San Felipe. Sacerdote de acendradas virtudes y vida noble y austera, el Pbro. Molina es recordado en las obras históricas de Sarmiento y del Pbro. Jacinto R. Ríos, autor de una obra sobre “El Doctor Pedro Ignacio de Castro Barros”.

El año 1849, recibía un rudo golpe en sus más profundos sentimientos: fallecía en Chile su tío, el Dr. Castro Barros, en la casa del eminente jurisconsulto argentino Dr. José Barros Pazos, sobrino también de Castro Barros. Compañero inseparable de toda una vida, el Pbro. Molina fué el primer biógrafo del prócer riojano; estudio que adquiere actualmente un valor histórico inestimable y que fuera entregado por el Dr. Mardoqueo Molina, magistrado, legislador y gobernante cordobés, sobrino carnal del Pbro. Molina, al Dr. Angel P. Carranza, fundador de nuestro Museo Histórico Nacional, quien lo publicó en su “Revista Nacional”, el 1º de enero de 1888. El Pbro. Molina es autor también de la “Memoria fúnebre” de Castro Barros; obra de ciento sesenta y tres páginas que se encuentra en la biblioteca que fué del Gral. Mitre.

El doctor Castro Barros nombró al Pbro. Molina heredero universal de sus bienes, y éste los distribuyó en mandas pías y en la fundación de una capellanía de dos mil pesos de capital, para que sirviera de beneficio eclesiástico, en la recepción del orden sacerdotal, a las personas pobres de la familia, beneficiándose con ella el que fuera después Ilmo. Arzobispo de Buenos Aires, Dr. Uladislao Castellano y Castro Barros.

A la muerte del Pbro. Molina, los documentos de la testamentaría de Castro Barros pasaron a poder de su hermano Don Manuel Modesto Molina y de éste a su hijo el Dr. Mardoqueo

Molina. Actualmente los posee el autor de esta biografía, nieto del Dr. Mardoqueo Molina y sobrino chosno de Castro Barros, quien piensa entregarlos al Museo Histórico de La Rioja.

El Pbro. Molina falleció en Santiago de Chile, el 3 de junio de 1859, a los cuarenta y siete años de edad, en plena juventud, cortándose así una noble vida, que hubiese proyectado rayos luminosos en las tradiciones patrias. Sobre las expresiones de condolencias en la República de Chile, por la muerte de este argentino ilustre, es elocuente la carta dirigida por la Priora Sor Luisa de San Rafael a la madre del Pbro. Molina, Da. Josefina Arellano de Molina, fechada en el Monasterio de mi madre Santa Rosa, del que el Pbro. Molina era Capellán, a 12 de junio de 1859. En ella le comunica que los restos del virtuoso sacerdote descansarán en dicho Monasterio, frente a los restos de su querido tío el Dr. Castro Barros, pues allí había sido también enterrado el prócer riojano, hasta el año 1926 en que el gobierno argentino dispuso la repatriación de sus restos, que descansan ahora en su tierra nativa, La Rioja.

La carta de la Priora del Convento expresa: "Creo un deber dirigir a Ud. estas cuatro líneas, para manifestarle el gran dolor que nos ocupa, por la pérdida de su querido hijo y nuestro respetable y tierno Padre; quiera Dios que nuestro sentimiento mitigue el que debe afligir su maternal corazón, y el recuerdo de las virtudes de nuestro respetable Padre venga a llenar de consuelo su corazón, pues él ha vivido como un verdadero Apóstol de la Iglesia; el dolor y sentimiento que ha habido, en toda la ciudad, por su pérdida, no los hemos visto ni por las personas más respetables que han muerto en el país".

"El Clero ha manifestado sus sentimientos haciéndole unas magníficas exequias y, en otras varias partes, también lo han hecho, y nosotros nos reservamos el cumplimiento de este deber para el cabo de año, en que pensamos traerlo a nuestra Iglesia y colocar sus restos al lado de su venerable tío y honrar sus cenizas como lo merece y tendremos el gusto de dirigir al cielo nuestras oraciones a vista de su sepulcro".

"Sírvasse Ud. recibir el más respetuoso cariño de toda esta Comunidad, que no cesa de pedir a Dios por su conservación y que la consuele; y también se dignará saludar a Flaviano, a nombre de toda la Comunidad, quien hace mil recuerdos de él y pedimos a Dios lo haga un santo".

La madre Priora, al final de la carta, se refiere al gran pedagogo riojano Don Falviano de la Colina y Molina, sobrino

carnal del Pbro. Molina, pues era hijo de Da. Isabel Molina de de la Colina, su única hermana. Don Flaviano de la Colina había viajado a Chile, con motivo del fallecimiento de Castro Barros, y presenciado el entierro de su ilustre tío-bisabuelo en el Monasterio de las Monjas Rosas.

En otra hermosa carta de Sor Trinidad del Sagrado Corazón de Jesús, dirigida también a la madre del Pbro. Molina, después de llevarle el consuelo a su dolor, entre otras manifestaciones de sentimiento, le dice: "...tiene Ud. un hijo en el cielo, lleno de gloria merecida por su vida apostólica, llena de celo y caridad para el prójimo y de abnegación para consigo mismo. Quién mejor que nosotras podemos dar un testimonio de su virtud heroica, pues hemos seguido sus pasos y disfrutado por tanto tiempo de su saludable doctrina".

Elocuentes palabras que hablan muy alto del espíritu acrisolado que se llamó en vida José Vitaliano Molina, sirviendo a Dios y a su Iglesia con la humildad del pastor y la santidad de su alma selecta.



SUCESORES DE CARLOS GRIPPA

GRIPPA & GADDA

Fabricantes de Tejidos

BUENOS AIRES

DORREGO 904

T. E. Darwin 0422